



Especial

PERÚ

Fotografías Herman Schwarz



Julio Ortega

Fernando Ampuero



Victoria Guerrero Peirano

Roger Santiváñez



Mirko Lauer

Carlos Yushimito









Tome **INCA K**





Una piedra, un nudo, una sílaba

JULIO ORTEGA



En 1935, en París, César Vallejo escribió a propósito del descubrimiento de unas ruinas arqueológicas del Perú antiguo, que esos muros no nos hablaban del pasado de ese pueblo sino de su futuro: demuestran con elocuencia lo que ellos eran capaces de hacer.

Casi todos los escritores peruanos han buscado hacer algo con esas sílabas rotas.

Ya el Inca Garcilaso de la Vega recuerda, en Córdoba amurallada, esas fortalezas que se levantaban con ingenio y asombro. Y Guamán Poma de Ayala describe y dibuja los silos, depósitos de bienes, a lo largo del país perdido. Para José María Arguedas, la piedra en el muro de Machu Picchu despierta, al ser tocada, como un río que canta.

La “piedra cansada” que imaginó Vallejo viene de su reclamo por una piedra donde sentarse.

Y Martín Adán en “La mano desasida” representa un lenguaje roto que no podemos reconstruir, que solo podemos celebrar.

A cada escritor peruano, se diría, le ha tocado cultivar una piedra. Esto es, una palabra quebrada que ya no cabe en el lenguaje. Esas piedras que son sílabas, que son nombres, son frases y paisajes de una literatura en permanente reconstrucción de la comunidad, varias veces perdida.

Y, sin embargo, en sus momentos de mayor esplendor, esas páginas nos dicen que el Perú, contra todos los lugares comunes, no es

un fracaso, sino la historia del futuro varias veces desmentido. Una y otra vez, los poderes al uso, la mala política, la corrupción, las pestes del machismo y el racismo, frustran, reprimen y dispersan los escenarios de futuridad que los intelectuales y las fuerzas progresistas imaginan con más voluntad que esperanza.

La precariedad, por eso, es el largo presente nacional, que la literatura debate, contradice y busca articular críticamente. La mala distribución de lo precario hace que la mayoría de la población viva a merced de las fuerzas de la naturaleza, porque nuestra modernidad es, en efecto, deficitaria. Esto es, mal distribuida y peor sufrida.

Y para resistir la precariedad, los escritores forjan redes de crítica y celebración, capaces de anudar la memoria y testimoniar el asombro de la sobrevivencia.

Jorge Eduardo Eielson, en sus maravillosas cartas, me explicaba el proceso de sus “nudos”, sus cuadros hechos de variaciones, sensoriales y suficientes, de anudamientos de vivo color. Esos nudos traman, entretejen y, por eso, articulan una imagen luminosa que celebra la articulación. Responde, así, a lo precario, a la prisa de la pérdida, con su afirmación nuclear y dialógica.

Los escritores peruanos nos dedicamos, en efecto, a estos trabajos de rearticulación. Esto es, a hacer legibles algunos momentos, imágenes, ideas y voces que remontan esta cuota de precariedad. ■